



EL CENCERRO

Cencerrada 124

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de San Dimas, 17, tercero
MADRID.—1899

LA BESTIA DEL APOCALIPSIS

—Pero diga osté, nostramo: ¿esto va á ser la fin del mundo, ú qué?

—No sé á qué te refieres, Liberto; y debo advertirte que hoy no estoy dispuesto á oír majaderías. Con que *ahueca el ala* pronto si no quieres llevar algo que rascar.

—¡Jesús, nostramo! Se paece osté al hermano Sinvela cuando se pone enérgico. ¡A que va osté á mandar que me

apliquen el estao de sitio, como si fuera yo alguno de esos catalanes que no quieren pagar la contribución!

—Bueno, bueno. Andate con chiquitas y verás lo que te pasa en cuanto las Cortes aprueben la ley que el gobierno ha sacado de su cabeza para meter en cintura á los periódicos impíos, como dice Liniers y cualquier sacristán.

—Pus á eso iba á parar, nostramo. ¿Osté ha visto na tan vergonzoso como esto? ¿Osté sabe que el González Bravo, ni el Narváez, ni el Calomarde, ni el mesmo

Narizotas, cometieran con los papeles públicos semejantes atrocidades? Porque mire osté que eso de someter á un consejo de guerra á un paisano porque injurie á otro paisano, tiene gracia.

—No he visto eso de los paisanos.

—Pero habrá osté visto á las autoridades civiles, que no son más que paisanas.

—Eso sí; y mucho me temo que en cuanto se te ocurra hablar de la peluca del alcalde ó del sereno del barrio, que también es autoridad civil nocturna, te aticen cuatro tiros para hacer boca.

—Pus no es eso lo peor, nostramo, sino que tampoco voy á poder meterme con ningún fraile ni con ningún curiano, á quienes el gobierno considerará como autoridades civiles pa esos casos.

—La cosa es un poco seria, hijo mío; pero yo creo que las Cortes no aprobarán semejante desatino.

—¿Que no lo aprobarán? ¿Me apuesta osté que lo hacen por unanimidad?

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué tiempos más calamitosos! No parece sino que anda suelta la bestia del Apocalipsis.

—Lo que nos debe consolar, nostramo, es que este delirio no pue durar mucho. A no ser por el tunante del Sr. Mateo que está arrimando el hombro á esta situación desesperá, el gobierno actual se hallaría á estas horas patas arriba; pero así y too, es seguro que no podrá oír él la misa del gallo.

—Siento que te hagas esas ilusiones.

—¿Ilusiones? ¿Pus osté cree que ningún pueblo pue vivir mucho tiempo sin aire y sin luz y sin ná?

—Bueno, morirá el pueblo por falta de esos elementos, pero seguirá el gobierno...

—¡Quite osté de ahí! En cuanto aquí empecemos á sentir los primeros arrechuchos de la muerte, el que más y el que menos comenzará á echar chispas por la cola y esto se convertirá en un verda-

dero infierno, donde no podrán parar ni los mismos demonios disfrazados de conservadores y fusionistas.

—¡Dios te oiga, hijo mío!

—Y nos ayude á domar la fiera del *Aprocalipsis*, como usted dice.



A un monárquico ramplón,
con sus ribetes de neo,
el Leguito le ha embutido
la cabeza en EL CENCERRO.

EL MONTERILLA DE CHELVA

En Chelva hay un alcalde que, según nos dicen, usa un vergajo para arreglar á sus administrados. Ni hace caso del Ayuntamiento, ni del pueblo ni de nadie, y al que se descuida un poco lo espabila. Su Dios es la *Manteca*, y de ahí no hay quien lo saque.

Hace dos años se llevó el agua un trozo de carretera y aún no se ha arreglado. Hace 36 meses (¡agárrense ustedes!) que no hay allí maestro de escuela. Hospital no existe ninguno, ni asilo benéfico tampoco.

En cambio el hambre campa por sus respetos y el vergajo también.

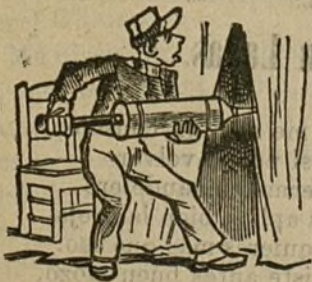
Compadezco á los chelvanos
que pasan la pena negra
bajo el dominio feudal
de su Alcalde y su *Manteca*.

Los ciudadanos del Transvaal siguen luchando y venciendo á los ingleses allí donde los encuentran.

A Sagasta se le habría caído el tupé á los piés ante la idea de tener que luchar con una nación tan poderosa como Inglaterra; pero el presidente de la República transvaalense debe ver las cosas de otro modo; porque, como decía Quevedo, no tiene nada de gallina ni de traidor á su patria.

¡Bonita lección nos están dando aquellos valientes!

Con fulleros y traidores,
canallas y sinvergüenzas,
ladrones y chanchulleros
hipocritones y estetas,
frailucos y sacristanes,
murciélagos y cornejas...
es indudable que aquí
cualquiera se regenera.



—Si con esta lavativa no mejora doña Situación, no habrá más remedio que empezar á cantarle el gori-gori.

El alcalde de Almagro ha prohibido á los vendedores de periódicos que publiquen por las calles su mercancía.

¿Y de dónde ha sacado usted eso, señor monterilla? ¿Es usted neo? ¿Le estorba la luz?...

Pues deje usted la vara y váyase á hacer el nido en alguna sacristía.

En Mazarrón se suicidó días pasados un joven por cuestión de amores, según se cree, disparándose un tiro en la cabeza; y como dicho joven tenía allí un tío cura, telegrafió éste inmediatamente al obispo, pintándole la cosa á su manera para que á su sobrino no se le negase la tierra santa.

Y en efecto; el obispo concedió licencia para que se enterrase en el cementerio católico, y el entierro tuvo lugar con la mayor pompa.

Y dice el lego Liberto con acento un poco impío:
¿Qué habría sido de aquel muerto á no ser por aquel tío?...



—Mi no poder pronunciar los nombres de las nuevas ministras. El unollamarse... Toge... toge... anáz, y el otro Azcága... caga... ga. ¡Yes, yes, qué nombres más incivilizados!

—Me paece, nostramo, que los deputaos republicanos van á hacer esta temporada lo mesmo que la otra.

—Ya sabes que han tomado estos días acuerdos secretos.

—Pus por eso lo digo. Desfigúrese osté lo que serán esos acuerdos, cuando ellos mismos no quieren que nadie los conozca.

—Es que la oposición de S. M...

—¡Uf! ¡Uf! Tape osté, tape osté eso, si no quiere que gomite.



La confesión de Juan Lanás.

Un mísero pecador
que se parece á un espectro,
vaciar quiere la talega
al hermano Fray Liberto.
—¿Quién es usted, hermanito?
le pregunta al punto el Lego.
¿Es usted maestro de escuela?
¿De quién es ese esqueleto?
¿Le dan á usted la ración
en moscas, que *juyen* luego?
—¡Ay, hermano! no se burle,
qué yo soy el *pobre pueblo*
á quien gentes sin vergüenza
dejaron solo en los huesos.
—¡Zambomba! ¿Tú eres Juan Lanás?
Pus casi te está bien hecho,
toda vez que has tolerado
las albardas que te han puesto.
—¡Ay de mí!
—¿Y ahora pretendes
que yo perdone tus yerros?
—Vengo, hermano, solamente

á que me déis un consejo,
á ver si puedo volver
á ponerme en candelero.
—Pus aplica bien la oreja
si no quieres más que eso:
Tú fuiste antes buen mozo,
tenías sangre y muchos *niervos*,
y á cualesquier charraná
le dabas un tute al Verbo,
por lo cual ningún *gatera*
te tiraba del pellejo.
Con que, hijo mío, si quieres
echar al punto buen pelo,
quítate unos treinta años
de encimita de tus huesos,
y vuelve á tener la sal
que usabas en aquel tiempo;
pues si no, estiras la pata
y te echan á un basurero.
—¡Gracias, hermanito mío!
¡Me salvas con tu consejo!



Carta de Fray Liberto á los leones del Congreso.

Hermanitos leones: No me gusta que os paséis la vida sufriendo el frío del verano y el calor del invierno sin decir oste ni moste. Aquí tenemos toos el deber de hacer algo güeno pa la sociedad, y vosotros, como los frailes, no habéis hecho na de provecho en vuestra vida. Por eso les metieron mano á ellos el año 34, y á vosotros el 56, cuando os bombeó el general O'Donnell.

Me diréis que no sabéis cómo arreglaros pa servir á la patria, y eso es precisamente lo que sus voy á decir. Vosotros, por la posición que ocupáis, debéis estar al corriente de toos los discursos que pronuncian los diputaos y los ministros, y debéis conocer las trapisondas que traen siempre entre manos y los juegos de cubiletes que realizan á beneficio del dios turrón. Pus güeno: ¿qué trabajo os cuesta á vosotros echarles la zarpá ó darles un coletazo cada vez que se descarrilan?

Si cuando fze el Pavía ahí le hubierais soltado una zarpá, no hubiera ocurrido lo que ocurrió después, y hoy tendría España colonias y una porción de pilletes menos.

De modo que casi sois vosotros los únicos responsables de toas nuestras desdichas; y como las cosas no puen seguir

así, os lo prevengo pa vuestro gobierno. Si nos ayudáis á regenerarnos con vuestras garras y vuestros rugidos, os llevaré toos los días una güena ración de carne; pero si continuáis tan indiferentes como hasta hoy, haré yo que os fusilen cuando venga la Niña.

Conque salir pronto de vuestra *apoteosis*, y á ver si arregláis esto con un par de zarpazos.

Os desea mucha carne fresca y hasta güen vino, vuestro Lego

FRAY LIBERTO.



Cada vez que Fray Pedro le llama *guapo*, corre que se las pela este monago. Porque ya sabe sin duda alguna cómo las gasta el padre.

El cura de Torres es un alma sensible si las hay.

Riñeron allí hace poco dos individuos, y el uno le asestó al otro una puñalada tan grave que al día siguiente hubo necesidad de administrarle el viático; y como éste tuvo que pasar por delante de la cárcel donde estaba preso el agresor, mandó el cura que el monaguillo dejara de tocar la campanilla al pasar por allí, para que el pobre delincuente no se affligiera al oirla; mas como el monago signiera tocando, salió disparado el *pater*, le quitó

la campanilla y se la guardó en el bolsillo. ¿Que por qué hizo eso? Porque el preso era oficial del ayuntamiento y no quería desconsolarlo.



De cómo se pone un cura cuando le van á decir que le hemos sacado alguna trapisonda á relucir.

Miranda de Ebro 2 Noviembre de 1899.

Amigo Liberto: Las cuadrillas de Félix, *Siete Sábanas* y el *Capitán de las trencillas*, siguen sin novedad en su importante salud, quiero decir, que no ha habido todavía quien les eche mano, á pesar de la luz que se ha hecho acerca de sus respectivas fazañas. Ellos se defienden lo mejor que pueden, dada la posición de *gente adinerada* que hoy ocupan, y creen que en cuanto pase este chubasco nadie volverá á acordarse de ellos para nada, como no sea para honrarse con su amistad ó para confiarles la administración de los intereses públicos. ¡Y quién sabe si acertarán en sus cálculos!

Hablemos ahora de otra cosa.

—Tilín... tilín... tilín... ¿Vive aquí Fray Cosme?

—Adelante. ¿Qué se le ofrece á usted, hermano?

—Yo soy el *monterilla* de Miranda que arrepentido del mal que ha hecho á todo bicho viviente, viene á que vuestra paternidad le aconseje y absuelva de sus culpas.

—Pues desembuche usted, hermano, y veremos si puedo absolverle.

—Yo he sido muy malo. Aunque me llamo Calvo de apellido, tengo pelos hasta en el cora-

zón algunas veces. Así es que no he hecho caso del pueblo y me he dedicado á perjudicar á todo el que he podido. Verdad es que he tenido unos consejeros malísimos, pero yo no debí hacerlos caso.

—¿Y quiénes fueron esos consejeros?

—Pues un tal Ortega, muy versado en asuntos de testamentarias y un tal Cadiñanos, secretario que fué del Ayuntamiento, con muy mala sombra.

—¿Y quiere usted que le aconseje lo que debe hacer en adelante?

—Sí, padre.

—Pues haga usted todo lo contrario de lo que hizo hasta ahora. Celebre usted las sesiones municipales que la ley determina, pues hace ya la mar de tiempo que no ha celebrado ninguna, valiéndose siempre de fútiles pretextos. Haga usted de modo que se construya inmediatamente el lavadero prometido; reorganice usted la música para que el pueblo tenga alguna distracción; arregle usted bien la beneficencia; atienda usted á los desvalidos, y sobre todo pague usted las ocho vacas que contrató la Comisión de festejos, y que debió usted cobrar cuando se vendieron en pública subasta. Pague usted 300 pesetas á la música; otras 300 á los carpinteros por el cierre de la plaza; 400 pesetas al pirotécnico de Vitoria; no sé cuánto á los pastores que vinieron cuidando del ganado; la luz eléctrica, los refrescos y pastas con que obsequió usted á los curianas, y otros varios gastos que hubo. Así se puede uno divertir, sin pagar á nadie.

—Es verdad, y prometo hacer lo que pueda.

—Pues con esa condición te absolveré cuando vuelvas por aquí.

—Pues hasta la vista, padre.

—Adiós, y ya veré yo si tu arrepentimiento es verdadero.

Ya ves, amigo Liberto, que aquí hay necesidad de *fumigar* mucho en diversos sentidos.

Tuyo siempre,

FRAY COSME.

EN EL SENADO.

El general Primo de Rivera:—¡Su señoría debía ir á presidio!

El conde de las Almenas:—Allí debía estar su señoría desde hace mucho tiempo.

Una voz.—¡Guardias!... ¡A ver esos!

Dijimos en nuestro último número, que en una taberna de la calle de las Pozas, se distinguía un presbítero por las broncas que armaba y por su afición á jugar á la brisca; en lo cual cometimos un error involuntario, pues no es en la calle de las Pozas donde parece ocurrir eso, sino en el barrio de Pozas.

Conste así para satisfacción del industrial que en la calle de las Pozas tiene un establecimiento de esa clase, y á donde no concurre ningún parroquiano con coronilla.

¡Anda la órdiga!

En la calle del Salvador armaron un belén el otro día un *berrendorum* y una buena moza, por si aquél quería ó no pagar á ésta una visita que acababan de hacer los dos á la casa número 10 de dicha calle.

En cuanto el público se enteró comenzó la silba, y el galán tuvo que salir de naja y meterse en una portería, hasta que un guardia le proporcionó un coche para poder escapar.

A pesar de que el escándalo fué de padre y señor mío, es seguro que á estas horas no se encuentra arrepentido.



El piquete de Carlos Chapa.

El día de difuntos á ver los cementerios fuimos juntos mi amiga Rosalía y yo, que contrariarla no quería; y en tanto ella rezaba

yo los sarcófagos miraba,
y en varios cenotafios
copié los siguientes epitafios:

I

Duerme en este panteón
un fraile camandulón.

II

Guarda esta piedra bendita
los restos de un jesuita,
hombre de muy larga jeta,
hipócrita, audaz y esteta.

III

Sigue al pié de este sauce veterano
haciendo el oso el general cristiano.

IV

Aquí reposa don Oppas,
traidor de mucho tupé;
los sapos que le comieron
se envenenaron con él.

V

Esta fosa que está abierta
espera á doña Ruperta.

No quise copiar más, pues me aburría,
y ofreciendo mi brazo á Rosalía,
salimos los dos juntos
murmurando tal vez de los difuntos.

El invierno próximo va á ser adorable.
Sin pan, sin trabajo, sin agua clara ni
vino turbio, no va á tener más remedio el
obrero que ir á por la sopa á la puerta de
los conventos.

Bendita la situación,
que con su amor al bonete,
nos hace retroceder
otra vez al año veinte.



CANTARES DE FRAY LIBERTO.

Fuí el día de difuntos
al cementerio á rezar,
y vi vacía la fosa
donde *esto* reposará.

Apoya á la situación
el tunante de Mateo,
para que auquélla no deje
que le aprieten el pescuezo.

De Francia los jesuitas
pronto tendrán que escapar.
¡Cuándo ocurrirá otro tanto
en esta nación pelá!

Se está poniendo el gobierno
nuestras leyes por montera.
Si el país hace lo mismo
será la fiesta completa.

Para regenerarnos enseguida han acordado los siete sacristanes que nos desgobernán, convertir la provincia de Madrid en una prefectura que, como el obispado, se titulará de *Madrid-Alcalá*.

De modo que Liniers no va á tener que envidiar ya nada al Padre Cos y Macho. Por que tan obispo y tan prefecto va á resultar el uno como el otro.

Con medidas tan enérgicas
y de aspecto tan beatífico,
nos van á regenerar
llevándonos al hospicio.

Al ama del padre Ignacio
ofreció doña Ventura
tabaco, con el que ella
continuamente estornuda.

Y replicó:—Muchas gracias,
á mí de eso no me gusta,
porque estoy acostumbrada
al rapé del señor cura.



El encargado de dar
los tres toques de atención
conque pretende Silvela
arreglar á la nación.

**

PASATIEMPOS.

CHARADITA

A *prima* dos ví en el *tres*
que se estaba allí burlando,
porque pasó Polavieja
llevando un *todo* en la mano.

∞

FUGA DE VOCALES

S. n. m. .nt. n l. s. ñ. l. s.
q. . n. s. pr. s. nt. . l. t. ñ.
v. . h. b. r. n. . n. nd. c. n.
d. . sc. r. p. l. s. y g. rr. s.

∞

Solución á las anteriores.

A la charada: *Cabeza*.

A la fuga de vocales:

¿Cómo quieres que la olvide
si al darle la extremaunción,
en vez de mirar al cura
miróme á mí, y expiró?

MADRID.—Imp. de Felipe Marqués, *Madera*, ll. bajo